

do ocasión á su ano para que con repetición le censure su manera de hablar, y lo corrija; no sin grandes impaciencias del uno y del otro: lo cual se ve en varias obras del mismo autor, siendo la que más ejemplos tiene de este chiste el entremés famoso de la *La Elección de los Alcaldes de Daganzo*.

Enriqueció Cervantes el habla castellana con frases de su ingenio, que leídas en el *Quijote*, son hoy popularísimas; y tantas en número, que sería prolijo trasladarlas aquí, cuanto más, que de los entendidos están muy conocidas.

Alarcón enriqueció nuestro idioma con muchas frases peculiares suyas, ó que con su autoridad contribuyó á que más y más se generalizasen. *Hacer* el amor es una de ellas:

Hallará que un gran señor
Hace á mi hija el amor,
Y un secretario á Lucía (1).

las *Buenas Pascuas*, y *dételas Dios* (*Quijote*, cap. vii), ¡*Oh, buena Pascua* le dé Dios (*idem*, cap. xvi), *Negra Pascua* le dé Dios (*idem*, cap. xxxii).

El primer cochero agora
No será que á su señora
Haya servido de *Júdas*.
(*Las Paredes oyen*.)

De la silla precursor,
Y *Júdas* el despensero.
(*Quién engaña más á quién*.)

¡Ah, despensero! Mal haya
Quien de *Júdas* te ordenó.
(*La Crueldad por el honor*.)

Por vida del soguero que hizo el lazo
con que se ahorcó *Júdas*.
(*Quijote*, cap. x.)

Y demos con toda nuestra caballería
en casa de *Júdas*.
(*Idem*, cap. xxiv.)

Mirad qué cuerpo non de *Júdas*.
(*Idem*, cap. xxvii.)

Que lo diga *Barrabás* y con el mismo *Barrabás*, son frases de Alarcón, que se hallan en *Avellaneda* frecuentemente.

(1) *La Prueba de las promesas*. En cierto tiempo ha sido tenida por galicismo esta frase.

«Si esta gente viniera por aquí, hoy *hace seis meses*», dice en el cap. i del *Quijote*.

Hoy *hace*, Celia, tres años
Que mi esposo con tus días
Dió fin á mis alegrías
Y dió principio á mis daños.

Hoy *há* seis meses, hoy *há* tres años, era la forma corriente y castellana de expresar este pensamiento, como se puede notar en Cervantes y demas excelentes autores. *Avellaneda* como *Avellaneda* y *Alarcón* como *Alarcón*, usaron esta manera corrompida, que luego se ha hecho comun.

Cervantes con sus escritos dió asunto para que muchos ingenios escribiesen obras dramáticas: Francisco de Avila, un entremés de *Don Quijote*; Guillén de Castro, la comedia *La Fuerza de la sangre*, y el *Quijote*; *La Ilustre fregona*, Vicente Esquerdo; *El Celoso Extremeño*, D. Antonio Coello; *La Más ilustre fregona*, D. José de Cañizares; aparte del *Quijote*, obra inédita de D. Pedro Calderon; *El Alcides de la Mancha y famoso Don Quijote*, anónima; *Las Bodas de Camacho*, de Melendez Valdés; y otras muchas más.

Alarcón, con algunos de los versos de sus comedias, dió título y asunto para otras.

De este verso:

Ser prudente es ser sufrido (1),

Montalbán escribió *Ser prudente y ser sufrido*.

(1) *La Amistad castigada*.

De éstos :

Válgate Dios, por mujer
Tan honrada como amante (1),

el mismo doctor Juan Perez de Montalbán sacó su obra

Como amante y como honrada.

De estos versos :

Un competidor teneis
Tan bravo, á fe de quien sois,
Que os ha de costar cuidado.
— *Del Rey abajo ninguno* (2),

pudo Rojas sacar la base del argumento y título de su drama *Del Rey abajo ninguno, y labrador más honrado García del Castañar*.

Por último, en los siguientes versos :

Pienso que no te está bien
Mostrar al Marqués amor,
Porque es la contra mejor
De un desdén otro desdén (3).

halló D. Agustín Moreto la verdadera inspiración para su comedia *El desdén con el desdén*.

El *Quijote* de Cervantes es reimpresso y traducido muchas veces en las principales naciones de Europa.

Uno de los hombres de más exquisito gusto literario, Mr. Le Sage, tan aficionado á las obras del ingenio español, de que dan testimonio el *Gil Blas de Santillana*, *El Bachiller de Salamanca*, *El Diablo Cojuelo* y tantas otras, ó imitaciones ó traducciones libres y corregidas,

(1) *El Dueño de las estrellas*.

(2) *Siempre ayuda la verdad*.

(3) *Exámen de maridos*.

publicó en lengua francesa el *Quijote* de Avellaneda (1704). Perfeccionó el libro; y no podía ser otra cosa, tratándose de aquel talento deseoso siempre de embellecer los pensamientos ajenos. *El Diario de los Sabios* elogió mucho el libro de Avellaneda, tal como lo dió á conocer Le Sage.

En 1853 Germond de Lavigne ha publicado otra versión francesa, pero muy exacta, del mismo *Quijote*. El traductor tributa muchos loores al ingenio de Avellaneda.

¿Qué encanto ha tenido para los franceses esta obra, dándola á luz aislada de la primera parte de Cervantes?

Un literato de la delicadeza, del gusto de Le Sage, no podía engañarse con respecto al mérito de un libro: halló algo muy notable en el de Avellaneda, cuando dedicó su talento y tiempo á darlo á conocer á sus compatriotas.

Entiendo esta afición por la circunstancia de que pueden ser más perceptibles á los extranjeros los dislates de Don Quijote y las simplicidades de Sancho en el *Quijote* tordesillesco, á causa de que las pinturas y los chistes no están unidos, como en los de Cervantes, á los juegos primorosos y á las arcanidades de nuestra lengua, que fácilmente no se comprenden por los no españoles.

El libro de Avellaneda puede no desmerecer en una traducción; el de Cervantes, siempre.

Dos insignes escritores franceses han proferido una frase parecida, tratando de una obra de Cervantes el uno, discurriendo sobre otra de Alarcón el otro.

De todos los libros que habia leído Saint Evremón aseguraba que el que hubiera más deseado haber escrito

era *El Quijote*; Corneille decia repetidamente que daria dos de sus mejores obras á trueque de haber inventado la comedia *La Verdad sospechosa*.

El talento de Alarcón ha inspirado simpatías en Francia. Sabido es que Pedro Corneille imitó en su *Menteur* la comedia *La Verdad sospechosa*, del ingenio mejicano (1). *El Embustero* de Goldoni es á su vez imitación de la de Corneille: así pasó al teatro de Italia el pensamiento.

En alguna comedia de Cervantes se ha hallado por un doctísimo crítico el gusto de una de las primeras comedias de Alarcón *La Manganilla de Melilla*. Con efecto parece cortada al aire de *El Gallardo español*, ó de los *Baños de Argel*, ó de la *Gran sultana Doña Catalina de Oviedo*.

El Sr. Fernandez-Guerra (D. Luis) es el que tal opina. Yo me atrevo á añadir que encuentro similitudes, y muchas, en las comedias *El Semejante á sí mismo* y *El Desdichado en fingir* con la bellísima comedia *La Entretendida*, de Cervantes. En estas obras, primicias, al parecer, del talento dramático de Alarcón, si bien las corriese en dias de más gusto literario, se ve el conato de seguir más á aquel ingenio que al de Lope de Vega. Trascurrieron años, y Lope vino á ser el maestro y aún númen de Alarcón; Alarcón, al cabo, llegó á ser por sí lo

(1) Creyó primero que era de Lope; despues declaró haberla visto impresa entre las obras de Alarcón. Voltaire y Philarete Chasles han escrito acerca de la imitacion de Corneille. El señor Federico Adolfo de Schach considera seca y descolorida la obra de Corneille.

que debia ser sin imitar ya ni á Cervantes ni á Lope. Se formó su manera especial, y ha quedado en la historia como uno de nuestros primeros poetas escénicos.

Miguel de Cervantes combatió en sus escritos los errores sociales de su siglo: ahí está *El Quijote*, ahí sus novelas, ahí su *Persiles*, libro no bien juzgado hasta nuestros dias (1); tarea en que prosiguió D. Juan Ruiz de Alarcón en muchas de sus comedias, y mayormente en *Las Paredes oyen* y en *La Verdad sospechosa*.

El maldiciente Clodio, de *El Persiles*, viene á ser en otra esfera el D. Mendo de *Las Paredes oyen*; de quien pudiera decirse, como del suyo decia Cervantes: «hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; á quien si vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto.»

En *Los Pechos privilegiados* nos dejó Alarcón el ejemplo de un drama heróico, admirable; como en el *Tejedor de Segovia* y en la *Crueldad por el honor*, pasajes de una gran elevación de pensamientos, y escenas ciertamente admirables (2).

(1) El Sr. D. Luis Fernandez-Guerra, en el *Alarcón*, tributa justísimas y razonadas alabanzas á esta obra.

(2) Feliz ha sido Alarcón en tener críticos que han formado excelentes análisis de sus obras: D. Bernardino García Suelto, Don Alberto Lista, D. Antonio Gil de Zárate, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Ramon de Mesonero Romanos, D. Francisco Martinez de la Rosa, D. Isaac Nuñez de Arenas, y D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe.

Del teatro de Cervantes no se ha hecho hasta ahora un especial estudio. Nasarre, en el último siglo, escribió un desatinado discurso sobre las obras dramáticas del autor del *Quijote*. Se espera con verdadero deseo el anunciado juicio, escrito por el ilustrísimo Don

Alarcón, cuando escribió como Avellaneda, no pudo dejar de ser Alarcón. Por eso en su *Quijote* se hallan coincidencias con el genio de Cervantes. Cervantes ni copió ni pudo copiar á Avellaneda: su obra estaba muy adelantada cuando se publicó ésta. Á más, mirando como miraba con igual indignación y desprecio el libro de su rival, se hubiera creído humillado á sus propios ojos y ante el público con solo el pensamiento de imitar al autor tordesillesco. Por eso creo infundadísima la opinión de que Cervantes tomase idea alguna de Avellaneda. Insistir en este juicio equivaldría á no conocer el corazón humano, y sobre todo á Cervantes.

En el *Quijote* de Avellaneda representase en ensayo, ante el hidalgo manchego, *El Testimonio vengado*, de Lope de Vega Carpio, comedia en que un hijo acusa falsamente de adulterio con un criado á su madre la Reina, hallándose el padre ausente. Indígnase D. Quijote, y más viendo llorosa á aquella señora, sin que se levantase una voz en su defensa. Clamó contra tal maldad y alevosía, metió mano á la espada «con increíble furia», y desafió al representante que hacia el papel de calumniador (1).

Parecido á esto fué lo que acaeció á D. Quijote en la *Segunda parte* con el retablo de Maese Pedro, cuando creyendo ser verdad lo que representaban las figuras, de aparecer multitud de moros que perseguían á D. Gayferos y Melisendra, mete mano á la espada y hace cosa ma-

Manuel Cañete, persona que une, al par de un profundísimo talento crítico, una exquisita erudición y singulares conocimientos en los orígenes del teatro, así español como extranjero.

(1) Cap. xxvii.

yor, que es repartir á diestro y á siniestro golpes sobre el retablo (1).

En el *Quijote* de Avellaneda, Alarcón pone que entrando en Alcalá de Henares su héroe, vió que ante el carro triunfal de un catedrático que habia ganado una oposición, iba otro con músicos y figuras alegóricas de la Sabiduría, la Ignorancia, la Prudencia y otras. Don Quijote mandó parar todo, y creyendo que eran cosas de magos y demás de los libros de caballerías empezó á exigir disparates. Todo acabó en pedradas y en lucha.

Exactamente parecido es aquello de la *Segunda parte* de Cervantes, en la extraña aventura del carro ó carreta de las *Cortes de la muerte*, cuando halló en él á los comediantes vestidos de imágenes alegóricas para representar el auto así intitulado.

Sansón Carrasco sigue en los primeros capítulos la corriente de sus desvaríos á D. Quijote, lo persuade y lo anima á nuevas empresas, y aún le facilita una celada de encaje.

Don Alvaro Tarfe, en Avellaneda, si bien con otro designio, que era sólo el de divertirse, no el de curar más adelante á D. Quijote, como pretendia aquel Licenciado, lo estimula á nueva salida y hasta le da unas ar-

(1) Cap. xxvi.—Algo de esto sucedió en Ubrique, dando ocasión á aquello de *acabó á capazos como la comedia de Ubrique*. Representábase la de Luis Velez de Guevara, *Reinar despues de morir*. Indignado el auditorio porque el Rey, sin compasión, mandaba matar á Doña Inés de Castro, por los amores con su hijo el Príncipe, creyó ser todo verdad, y acudió á defender á doña Inés, golpeando al Rey y á los caballeros enemigos de aquella dama.

mas grabadas de Milan. Y sin embargo, en un libro Sansón Carrasco vence y obliga á D. Quijote á retirarse á su aldea; y D. Alvaro en el otro, arrepentido de ser causa de sus demencias, hace recoger al héroe para su curación en la casa del Nuncio de Toledo.

En la tercera salida, Avellaneda escribe que Sancho llevaba dineros y provisiones y una maleta con ropa limpia; y Cervantes dice que el escudero famoso llevaba tambien alforjas *de cosas tocantes á la bucólica y la bolsa de dineros*.

En Cervantes un paje de los Duques que tenía hermosísimo rostro de doncella, se presenta ricamente vestido como mujer, fingiendo ser Dulcinea del Toboso, cuando iba encantada en un carro con el sabio Merlín.

En Avellaneda un secretario de D. Carlos se aparece, saliendo de dentro del aparato de un gigantón del Corpus, en figura de la Infanta Burlerina, *vestido riquísimamente de mujer, porque era mancebo y de buen rostro; y en fin, tal que cualquiera que no le conociera, se podía engañar fácilmente*.

En la carta que en una y otra novela se finge escrita por Sancho Panza á su mujer, hay tambien coincidencias. En la de Cervantes, le dice enviarle un vestido verde de cazador para que lo acomode á su hija; en la de Avellaneda, le pide unos zaragüelles viejos y le ofrece otros que le han regalado, á fin de que se utilice de ellos. En aquella le anuncia que la Duquesa *mi señora* le besa mil veces las manos; en esta, que la Archipampanesa *vuestra ama* os besa las manos. En la una, que el rucio está bueno; en la otra, que Rocinante.

Esto no era copiar: esto era coincidir dos talentos verdaderamente inventivos, en unas mismas ideas, cosa fácil escribiendo ámbos libros de aventuras, con un pensamiento y caracteres trazados y conocidos por la primera parte que proseguian, el uno como autor original, y el otro como continuador, acomodándose á lo que la mutación exigia.

Pensaban uno y otro en lo mismo, para componer la segunda parte: ¿qué extraño que dos inteligencias poderosas coincidiesen á veces en inventar alguna que otra aventura, algun que otro accidente, que al cabo se pareciesen?

Pero á pesar de estos rasgos que demuestran que en ocasiones determinadas podia Avellaneda acercarse á Cervantes en la fantasía, no sucedió tal en la riqueza de la invención, y en la elegancia y pasmosa fluidez del estilo, y en la felicidad continua de los chistes, y en la abundancia y profundidad de los conceptos. La obra de Cervantes supera en muchísimo á la de Avellaneda ó Alarcón. En esta hay algunos pasajes excelentes, sí, en invención, en chistes y en estilo; pero la obra es desigual, y en ciertos lugares monótona.

Alarcón, en cambio, como dramático sobrepuja á Cervantes, si no en la invención, á lo menos en los medios hábiles de desenvolverla con más encanto, en la presentación de los caracteres, en la viveza del dialogar, en la gran filosofía de los pensamientos que se hallan en sus comedias conocidas por excelentes, en la energía del colorido total de la obra, en la delicadeza de la versificación, y aún en la dignidad de la frase, y por último, en el exquisito que tanto las distingue.

Si Cervantes hubiese sabido acomodarse á la reforma teatral que hizo el gran Lope de Vega Carpio, estudiando el verdadero secreto de la magia que tenían las obras de este, de seguro hubiera compuesto comedias admirables, como lo son los entremeses escritos con ligereza y con ingenio. Hubiera competido en el teatro con Alarcón hasta igualarlo; no excederlo.

Quizá igualarlo, sin excederlo, hubiera conseguido Alarcón como novelista, á no haber dado á luz el *Quijote*: fracasó, por una acción impremeditada y de ciega confianza en las fuerzas de su ingenio, que lo inhabilitó con el desengaño para haber hecho lo que casi todos los mejores poetas sus contemporáneos, que fué ensayar su imaginación en el género novelesco al par de Lope, de Tirso de Molina, de Espinel, de Velez de Guevara, de Salas Barbadillo, de Quevedo y tantos otros.

Aquí debo terminar repitiendo en otra forma lo que expresé en el anterior capítulo. Bien es resumir de esta suerte el pensamiento de mi trabajo.

Si Cervantes no hubiese publicado con su nombre el *Quijote*, y se ignorase por mucho tiempo el autor, y se viniese en sospechas de quién pudo escribirlo, ¿dónde buscaríamos las pruebas? ¿En sus comedias? No, porque serían ningunas, ó tan pocas y sin fuerzas, que no alcanzarían concepto ó crédito.

En el estudio comparativo, sí, de sus novelas y de sus entremeses con el *Quijote*. De su propia imitación, de repeticiones de pensamientos y de frases especialísimas, deduciríamos el autor, y podríamos exclamar: *Indudablemente fué Cervantes.*

Nos hemos servido de iguales medios para inquirir el nombre del fingido Avellaneda. Las obras de Alarcón comparadas con *El Quijote* dado á luz á nombre de aquél, nos han descubierto lo que los aficionados á las pinturas de Murillo buscamos en las que se atribuyen ó pueden atribuirse á este, para que venga á nuestros entendimientos la certidumbre del verdadero autor: lo que llaman los sevillanos *la huella, la huella del maestro*. No son imitaciones de lo ajeno, sino reproduccion de lo propio; no coincidencias, sino copias; repeticiones y recuerdos de sí mismo; la manera, en fin, de imaginar y de hacer, que nos ha dicho de un modo altamente persuasivo: *No hay error posible; Alarcón fué el Avellaneda.*

Mayor gloria cabe á Cervantes despues de semejante prueba. Un genio como el suyo sólo podia tener por competidor á otro genio.